

La identidad herida

Libros Por Juan Manuel de Prada.

Mientras leía este muy apreciable y demoledor libro de A. M. Homes (Nueva York, 1961), recordaba las preguntas que me formularon muchos lectores, tras leer mi novela *El séptimo velo*: «¿Por qué el narrador de la historia, después de haber empleado tantas energías en desvelar quién era su verdadero padre, lo rehúye cuando por fin lo tiene ante sí? ¿Por qué no se reconcilia con él?». Yo siempre les contestaba lo mismo: «Porque es un inconsolable. Porque ha creído que al indagar en su pasado encontraría alivio a su dolor; pero, llegado al final de sus pesquisas, siente que la herida no ha cerrado, siente que no es capaz de ofrecer el perdón que le gustaría dar». Aquella decisión narrativa me pareció entonces la más congruente con la psicología de mi personaje (aunque también la menos recomendable, desde un punto de vista estrictamente «comercial»); y, de algún extraño modo, me ha gratificado descubrir que la solución que adopta Homes en la obra desgarradora que ahora comentamos es exactamente la misma. Sólo que la protagonista de *La hija de la amante* no es una criatura de ficción, sino la autora misma.

Homes ya nos había demostrado su capacidad para hurgar en los rincones más sombríos y aberrantes de la naturaleza humana en *El fin de Alice* (1996), la novela que la consagró. En *La hija de la amante* no encontrará el lector detalles escabrosos; sin embargo, su lectura resulta al menos igual de desasosegante.

Confesión descarnada. No nos hallamos, como avanzábamos más arriba, ante una novela, ni siquiera en su variante de «autoficción» (tan en boga hoy), sino ante una confesión descarnada. Recién alcanzada la treintena, los padres de la autora le revelan que, en realidad, es una hija adoptada; y que su madre biológica, llamada Ellen, desea conocerla. La conciencia de la escritora se convierte desde ese momento en un nido de áspides: por un lado, el deseo de restablecer su identidad, súbitamente herida, la impulsa a entablar contacto con Ellen; por otro, algo parecido al rencor -tal vez tan

sólo un dolor sin consuelo- le impide aceptar el acercamiento de esa madre «sobrevenida», que no tardará en convertirse en algo similar al asedio.

Ejercicio de despojamiento. La primera parte del libro es, sin duda, la más lúcida y terrible, la más cuajada literariamente también. Homes escribe renunciando a los alardes retóricos, en un ejercicio de despojamiento que soslaya la búsqueda de una identificación emocional con el lector. Homes no retrata con benignidad a su madre Ellen, que apenas era una jovencueta cuando se quedó embarazada; mucho menos a su padre Norman, que en su día no tuvo valor para reconocer su paternidad, por temor a desbaratar su matrimonio, y que, transcurridos treinta años, sigue escaqueándose.

Pero tampoco cae Homes en la tentación de aparecer como una mera víctima: también ella se comporta mezquinamente; también ella es presa del miedo, del despecho, de una suerte de perplejidad moral que la agarrota y finalmente le impide restaurar los vínculos rotos. Ni siquiera cuando Ellen muera se retractará; e incluso deslizará la sospecha de que a su madre la pudiera mover un interés egoísta (o un mero afán de supervivencia) en su intento de aproximación.

Tras la muerte de Ellen, Homes tendrá tiempo para reflexionar sobre lo acontecido. Descubre, con emocionada perplejidad, que la fallecida cultivaba algunas rarezas o peculiaridades de la conducta que también ella cultiva (p. 98); y este descubrimiento agrava su conciencia de identidad herida, que tratará de mitigar haciendo tardías indagaciones sobre su familia natural que, desde luego, constituyen el pasaje menos convincente - o más farragoso- de la obra. Al final logrará restaurar su genealogía; pero se trata de una restauración insatisfactoria, como la del botánico que contempla las plantas desecadas y prensadas recogidas en su herbolario.

Lecho de ortigas. Esta insatisfacción alcanza su expresión más agónica en el largo interrogatorio de preguntas sin respuesta que la autora dirige a su padre hacia el final del libro; preguntas de una persona entregada a una aflicción sin consuelo, como un animal herido que se revuelca en un lecho de ortigas. Sólo en la última página, cuando Homes nos revela que ha decidido tener una hija para poder volcar sobre ella «una singularidad de amor y de miedo» que no ha conocido nunca, ese dolor parece encontrar un lenitivo; pero es un lenitivo egoísta, pues por lo que Homes cuenta y lo que Homes calla nos incita a pensar que esa hija también está condenada a una identidad herida.

Vitalmente tal vez Homes haya repetido un error; literariamente ha

completado un acierto.